Págs.

A la muerte de D. Joaquin de Pablo (Chapalangarra) 43
Despedida del patriota griego de la hija del apóstata 45
¡ Guerra ! 49
A la pátria, elegía 51
Soneto 54
A una estrella 54
A Jarifa, en una orgía 58

CUENTO.

El estudiante de Salamanca 62
El dos de Mayo 125
Ensayo épico. — Fragmentos de un poema titulado *El Pelayo* 130
Fragmento segundo 136
Fragmento tercero 139
El consejo 150
La procesion 154
Fragmento cuarto 157
Fragmento quinto 161
Cuadro del hambre 163
Fragmento sexto 167
Canto á Teresa 175

DOLORAS

COSAS DE LA EDAD

I

—Sé que corriendo, Lucía,
Tras mundanales antojos,
Has escrito el otro dia
Una carta que decia:
« Al espejo de mis ojos. »
Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos,
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.
¡ Ay ! ¡ no rindiera en verdad
El corazon lastimado
A dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad,
Y lo pasado, pasado !
¿ Por tus locas vanidades,
Que son ¡ oh niña ! no miras
Más amargas las verdades
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras ?
Y es la tez encantandora
Con que el semblante se aliña,
Luz que la edad descolora;

¿Mas no me escuchas traidora
(Pero, señor, *si es tan niña!...*)

Págs.
43

II

—Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razon
Que en el tiempo que ha pasado,
O habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazon.
Si amor con fuerzas extrañas
A un tiempo mata y consuela,
Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.
¿Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?
¿Jamas en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?
¿Y nunca veis en mal hora,
Miradas que la pasion
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazon?
¿Y no adorais las ficciones
Que al alma pasando deja
Cierta ilusion de ilusiones?
¿Mas no escuchais mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!!...*)

III

—No entiendo tu amor, Lucia.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mia
El yerto mar de los años.
Ya la vejez destructora
Pronto templará tu afan.
—Mas siempre entónces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.
—Triste es el placer gozado!
—¡Más triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.
Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal. —No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)

GLORIAS DE LA VIDA

¡Al fuego! cartas de adorados séres
Por quien la sangre derramé viviendo;
Arded á impulsos de esa luz, y ardiendo
Con vos se extinga *mi fatal pasion!*
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fáciles despojos!
¡No su partida lamenteis, mis ojos,
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! signos que sin fe trazaron
Falsas mujeres que adoraba ciego:
VICTORIA, OCTAVIA, INES...¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasion!*
—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
¡Arda á su vez la que tan bien mentia!
¡Ay, quién tal gloria al poseer diria
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! enigmas de infernal sentido:
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
¡Del torpe error de *mi fatal pasion!*
—«¡Huye», dice» el amor, porque su gloria
Es pacto vil de la ilusion de un dia,
Y al fin verás, alma del alma mia,
Que humo las glorias de la vida son!»

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA

Despues de amarla, olvídala, que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.
PATRICIO M. DE RAYON

¡Ay! anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre por tu fe
Le jurabas fe eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes,
Y me lo dirás despues.
Aunque nuestro amor fué extraño,
Ya no lloro

Ni mi engaño ni tu engaño;
Pues no ignoro
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Despues ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquel?
Bien te oí cuando dijiste:
—«No hice otro tanto con él.»—
¡Ay, Victoria,
Cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
Aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya ántes ducho
Te engañé,
Porque, aunque me amabas mucho,
Yo bien sé
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Por último, ¡horrible paso!
Dijiste al partir de mí:
—«Es un...»—Ah! Mas por si acaso,
Lo dije yo ántes de tí.
Sí, gacela,
Aquí, el que no corre, vuela;
Lo que tú hoy de mí, yo ayer
Dije de tí á otra mujer.
Que los seres en amores
Adiestrados,

Todos son engañadores;
Y engañados;
Pues la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Adios: te juro leal,
Por el que nació en Belen,
Que nunca te querré mal,
Si no te quise muy bien.
Con que adios:
Navia y Julio á veintidos.
Hoy por mí, y por tí mañana:
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algun importuno,
O imprudente
Llegases tú á amar alguno,
Ten presente
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

LAS DOS ALMAS

—¿A dónde vas, alma mia,
Hácia ese mundo perdido?
—A ser alma de un nacido
La Omnipotencia me envia.
Y tú, alma mia, ¿qué vuelo
Sigues ganando la altura?

—Dejo á uno en la sepultura,
Y voy caminando al cielo.
—Puesto, que subes, hermana,
Y te hallo al bajar al mundo,
Dime si es... Un cáos profundo
Que llaman cárcel humana.
—Prosigue, y no tan altiva,
Hermana, bajes ahora,
Porque vas, siendo señora,
A ser del hombre cautiva.
Que en él, con rumbo perdido,
Sigue, en loco devaneo,
Cada potencia un deseo,
Y un gusto cada sentido.
En ánsia de goces lleno
Busca el oido armonía,
El paladar, ambrosía,
E impúdico el tacto, cieno.
Así sus gustos sin calma
Van los sentidos gozando,
Miéntras que á merced flotando
Va de los suyos el alma.
Y en rumbos tàn desiguales,
Y en tan contrarios vaivenes,
Si el alma delira bienes,
Acosan al cuerpo males.
Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando el cielo,
Siempre están, en su desvelo,
Carne y espíritu en guerra.
—¿Pues si ya, el cielo ganando,
Dejaste cárcel tan fiera,
Por qué al aire, compañera,
Vas esas lágrimas dando?

— Porque hay, hermana, en el suelo
Seres que tambien se adoran,
Y que al dejarlos se lloran,
Como al dejar los del cielo.
— Si el cielo que dejo escalas,
Y al mundo voy que tu dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas,
Y yo tu llanto en las alas.
Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo.
Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el dia,
Queda adios, hermana mia.
— Hermana mia, El te guarde.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA

De niño, en el vano aliño
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya jóven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusion perdida
Me arranca, al partir, el alma.

Si en la estacion más florida
No hay mal que al alma no duela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

La paz, con ánsia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.
Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela.
¿Dónde está?...

LA VIRTUD DEL EGOISMO

Si anoche no estuve, Flora
A adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso*,
Y me da el sueño á deshora.
¡Pecadora!
Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud
Y salud,
Dijiste hoy á mi compadre:
«*¡Qué egoista es la virtud!*»

¿Cómo he de ir con fe no escasa
A ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo ménos
Desde mi casa á tu casa?
Y ¿qué pasa

Al hablarnos frente á frente?...
¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
Yo lo mismo;
¿El no ir, por consiguiente,
Fue virtud ó es egoismo?

Verbi gracia, el otro dia,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un «paloma» y un «mia.»
Es falsía
La de bostezar amando;
Mas si hoy, con más pulcritud
Y quietud,
No he ido á amar bostezando,
¿Fué egoismo ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu eden
A tomar, Flora, el sereno:
Si es por *egoismo*, — bueno,
Y si es por *virtud*, — tambien.
Sí, mi bien,
Esto haré por mi salud,
Aunque diga tu cinismo
Que es lo mismo
La gloria de la virtud
Que el triunfo del egoismo.

PROPÓSITOS VANOS

— Padre, pequé, y perdonad
Si en mi amorosa contienda,
Se lleva el viento, á mi edad,
Propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR.

«¡Siempre es viento
A esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mia?»

LA PENITENTA.

El *mismo* del otro dia.
Y aunque es el *mismo*, id templando
vuestro gesto,
Pues dijo ayer, predicando,
Fray Modesto:
Que es inútil la más pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

—Ayer, padre, por ejemplo,
Tocó á misa el sacristan,
Y en vez de correr al templo,
Corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR.

«¡Triste dón,
Correr tras su perdicion!...»

LA PENITENTA.

Sí, señor; mas dón tan vil,
De mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amar no acuda
Más que á misa;
Que el diantre, á todos sin duda,
Nos avisa
Que es inútil la más pura
Contricion.

Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

— La verdad, tan poco ingrata
Con Juan estuve en la huerta,
Que, como él mirando mata,
Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

« ¡Dulcemente
Fascina así la serpiente! »

LA PENITENTA.

¡No lo extrañeis, siendo el pecho
De masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(Que lo dudo),
Ya contaré que en el suelo
nunca pudo
Sernos útil la más pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

— Y mañana, ¿qué he de hacer,
Padre, al sonar la campana,
Si él me dice hoy, como ayer :
« Vuelve á la huerta mañana? »

EL CONFESOR.

« ¡Ay de vos!
¡Antes Dios y siempre Dios! »

LA PENITENTA.

Es cierto, mas entre amantes,
No siempre suele ser ántes.

Y en fin, si de ser cautiva
Me arrepiento,
O me absolveis miéntras viva,
O presiento
Que es inútil la más pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

LA CIENCIA DE LA VIDA

Amargando tu existencia,
De tu corazon en daño,
Ya le enseñará esta ciencia
El libro *de la experiencia,*
Página *del desengaño.*
(E. FLORENTINO SANZ.)

— Seguid ; verémos á qué luz impura
Del porvenir el cáos se ilumina.

EL AGORERO.

Mas, ¿quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes;
¡Dios los da al hombre con amor profundo!
Despues se augura un mal, porque en el mundo
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO.

Si á un triste le augurais su estrella,
Algun placer le aguraréis mintiendo;
Que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo,*
La esperanza, áun sufriendo, es celestial.

Y si su suerte predecís acaso
A los que mira compasivo el cielo,
Hacedles ver que en la orfandad del suelo,
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO.

Sabréis mi dolorosa ciencia
Si grabais en la mente con empeño,
Que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño,*
Que el mal, sólo por serlo es *inmortal.*
Que nunca falta una ilusion gloriosa
Que alegre una existencia maldecida,
Y que en la paz de la más dulce vida,
Tarde ó temprano es infalible el mal.

VANIDAD DE LA HERMOSURA

A Octavia.

Ni amor canto, ni hermosura,
Porque es ésta un vano aliño,
Y ademas,
Aquel una sombra oscura.

OCTAVIA.

— ¿No es más que sombra el cariño?
— *Nada más.*
Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA.

— ¿Nada más son que ceniza?
— *Nada más.*

¿Y en tu contento no escaso,
Qué dirás que es un contento,
Qué dirás?

OCTAVIA.

— ¿Nada más que viento acaso?
— ¡Nada más, niña que viento,
Nada más!
En la edad de las pasiones,
A vueltas de mil enojos,
Hallarás
Aire, sombras é ilusiones:
¡Nada más, luz de mis ojos,
Nada más!...

PODER DE LA BELLEZA

¡Me caso! Yo, que ódio eterno
Siempre profesé á este paso,
Como á un paso del infierno,
Ya cándidamente tierno...
¿Podréis creerlo? ¡me caso!
Y pues ya amo á una mujer
(Siento decir que no miento)
Justo es que cante, y lo siento,
De la belleza el poder.

Yo que enduve transitorio
Toda España en derredor,
De un jolgorio á otro jolgorio,
Haciendo el Don Juan Tenorio
Con doncellas de labor;
Hoy mi indómita cabeza
A un yugo al fin se somete:

Aquí dió fin el sainete...
¡Oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora:
« No me da pena maldita
Si tu pecho no me adora;
Que la mancha de una mora
Con otra *blanca* se quita »,
Peno por una mujer
Y (aparte) rabio de celos.
¡A tanto se extiende, cielos,
De la belleza el poder!

Yo, que amé en la edad florida
Cada *cien* dias á *ciento*,
¡Ya hace un *mes* que mi querida
Es aliento de mi vida,
Es la esencia de mi aliento!
Un mes en mí de terneza
Es de treinta años emblema;
Es la vida... es el poema
Del poder de la belleza.

¡Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebata el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!
Mas todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora;
Sólo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,

Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!
¡Y á fe que es necia flaqueza
Que, ganando mil ventajas,
Sólo estribe en zarandajas,
El poder de la belleza!

Pues me caso, Satanás,
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atras,
Pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!
Si expiacion llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,
Es horrible, cual la muerte,
De la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
Dad á tanto error disculpa;
Perdonad mi desvarío:
¡Por mi culpa, padre mio;
Por mi grandísima culpa!
No os vengueis de quien si empieza
Cantando la palinodia
Loa en tono de salmodia,
El poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
Se concretarán, Dios mio,
A tener en adelante
Una mujer que me espante
Las moscas en el estío.
No extrañeis que cual placer
El no *ver moscas* os nombre,
Que á tal punto humilla al hombre
De la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusion!
Pide perdon y perdona
A cuantas fueron y son....
Desde Lisboa á Pamplona.
Desde Sevilla á Gijon.
Y hoy, en fin, mi bien empieza
O empieza mi mal acaso:
De cualquier modo, ¡ me caso!
¡ Victoria por la belleza!

LA COMPASION

— Niña, ¿ por qué desvelada
Suspiras con tal empeño?
— El por qué, madre, no es nada:
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.
— El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto
Viendo las sombras se abulta.
— Así derramaré, oculta,
Entre sus pliegues mi llanto.
— Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
— Pues vendrá en vano llamando
Que si ahora duermo soñando,
Despues soñaré despierta.
— ¡ Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!
— Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.
— ¿ Y en qué livianas razones

Estriba el mal que te aqueja?
— En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sones,
Alzaba un hombre á mi reja.
Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta y entónces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡ cuál llagaria el pecho
Cuando ablandaba los bronces!
Desperté á oirle, y la lira
No alegró la soledad;
Y ahora mi pecho suspira
No sé si porque es mentira,
O porque no fué verdad.
— ¿ Mas quién alzó las querellas?
— Soñé que era un peregrino.
¡ Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!
— ¿ Un peregrino, alma mia,
Cantaba en llanto deshecho?
— Y soñé que era el que un dia
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacía.
Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando;
Y yo se la abrí, mostrando
La compasion en los ojos.
— ¿ De cuándo acá te se alcanza.
Recordar tal desasuerdo?
— Dejadme en mi bienandanza:
¡ Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.
Siempre en ella se moria
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos queria;
Mas no me contó que habia
Hombres ingratos tambien.
Dióme con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.
Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que cual si fuese beleño
Me iba dejando dormida.
Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre
Se fué la sombra espesando....
— ¿Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma?
— Crei sus perfidias luégo,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.
— ¿Y fuiste, al rayar el dia,
Su ruta, niña, á inquirir?
— En vano fuí, madre mia;
Ya el sol derretido habia

La nieve que holló al partir.
Corriendo desalentada,
Fuí de lugar en lugar....
— ¿Y qué hallaste, desgraciada?
— Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.
— ¿Cuál genio, en tan triste dia,
A escuchar su frenesí
Mas ciega que él te impelia?
— La *compasion*, madre mia...
— ¿Y quién la tendrá de tí?

CORTA ES LA VIDA

Paróse, una voz sentida
Cierto viajero escuchando,
Y vió un ave, que rendida
Al pié de un árbol, piando
Triste exhalaba la vida.
Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hácia la flexible rama,
Do áun columpiaba su nido,
«Hé aquí, dijo en su sorpresa,
La imágen de la fortuna:
Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pié de la cuna.»
Y alejándose al momento,
Por templar su mal no escaso,
Añadió en su pensamiento:
«¿Cuánto las separa? — *¡un paso!*
— ¿Y qué media entre ambas? — *¡viento!*»

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS

(Para música.)

Por un *nacido* allí imploran,
Y aquí por un *muerto* lloran :
Cuando allí tocando están
¡Din, don, din, dan!
Tocan aquí en bronco són.
¡Din, dan, din, don!

Allí un *vivo*, y aquí á un *muerto*.
A tan monstruoso concierto
Labrando mis goces van,
¡Din, don, din, dan!!
Su tumba en mi corazon :
¡Din, dan, din, don!!

¡Ay, cuán falsamente unida
Va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afan!
¡Din, don, din, dan!
¡Qué breves las dichas son!
¡Din, dan, din, don!!

GLORIAS PÓSTUMAS

A D. Nicomédes Pastor Diaz, con motivo de la falsa muerte de una amiga.

A mí el pesar me asesina
De cuando aquí por muy cierto
Se dijo de *Carolina*
Que (¡Dios nos libre!) habia muerto.
El que ménos

Con ojos de espanto llenos
«¡Cuánto lo siento!» exclamaba...
Pero ninguno lloraba.
El que se muere, *Pastor*,
O se ausenta,
Es *cero* que olvida amor
En su cuenta.
Los que esperan fe en muriendo,
¡Cuánto yerran!
Bueno ó malo, á lo que entiendo,
Al que se muere le entierran.

No hay sér que al «¡Dios le perdone
Con que hace al muerto un regalo,
Si es su enemigo, no entone
El *Libera nos á malo.*
Cantan esto
Los que no aman, por supuesto;
Porque los que aman muy bien
Dicen : *Requiescat .. Amén.*
Al que ama y no ama, igual pena
Le acomete.
Exceptuando alguna escena
De sainete.
Premio igual dan y reciben
Los que quieren,
Ya olvidando á los que viven,
Ya enterrando á los que mueren.

Cuando más, los muy leales
Nos recomiendan á Dios
Con dos misas de á *seis reales;*
Total *cuarenta* ciento dos.
Y áun dos misas
No son del todo precisas,

Pues con una solamente
Cubre un hombre el *expediente*...
¿Para qué, ansiando, vivimos
Entre lloro,
Y adquirimos y adquirimos
Oro y oro...
Si al fin un deudo allegado,
Sin gemir,
Entre un mal lienzo hilvanado
Nos enterrará al morir?

« Con tu ausencia y veinte reales,
Un duro mi pecho gana » :
Así calcula sus males
¡Maldicion
Nuestra condicion humana
Sobre tan vil condicion!
No hay más deudos ni parientes
Que las muelas y los dientes...
¡Ay, dí á tu amiga, *Pastor*,
Que, si muere,
De nadie gloria ni amor
Nunca espere;
Pues llenando el ataud
Do le encierran,
Con amor, gloria y virtud,
¡Al que se muere, le entierran!

VAGUEDAD DEL PLACER

I

« Al que ántes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrema

De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo. »
Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del íris viendo
Las aguas de una pradera.
Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que poco á poco
Va el íris su luz menguando.
Y ya que de su ornamento
Creian la sien orlada,
Vieron su luz disipada
Como fantasma en el viento.
— « *¿Cómo es?* » — Desde el monte erguido
Preguntan cuantos los miran;
Y alzan los ojos, suspiran,
Y les responden : — *¡Ya es ido!*
— « ¡Mentira! » — Bajan diciendo
Los que ven clara su lumbre,
Y en tanto ganan la cumbre
Mustios los otros subiendo.

II

Porque sus lindos reflejos
Son, al tocarlos, ficciones,
Cual son de cerca ilusiones
Las que venturas de léjos.
El íris, siempre inconstante,
Se va mostrando inseguro;
A los que bajan, oscuro,
Y á los que suben, brillante.
—¿ « *Cómo es?* — En ronco alarido
Gritan los ántes burlados.

Y los de ahora extasiados,
Tristes responden : — *¡ Ya es ido !*
— « ¡ Mentira ! » — Dicen bajando
Los que poco ántes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

III

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ánsia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente
Tras los matices del cielo.
Y todos dando á cuál más
Gusto á su pecho anhelante,
Unos gritan : — *¡ adelante !*
Y los de adelante : — *¡ atras !*
Y así sin órden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucia.
Y al verle desvanecido,
Con más vergüenza que enojos,
Vueltos al cielo los ojos,
Exclaman todos : — *¡ Ya es ido !*

IV

Así en eterno cuidado,
Aquí y allí nuestro intento
Corre fugaz por el viento
Tras un placer nunca hallado.
Que el hombre en su desacuerdo
Llama al verle en lontananza,
Si es delante, una esperanza,
Y si es detras, un recuerdo.

Y áun no marcó en su sentido
El gusto una vana huella,
Cuando imprecando su estrella
Suspira y dice : — ¡ YA ES IDO !

ULTIMAS ABJURACIONES

¡ Voy á morir ! Prenda del alma mia
Este el centon de mis quimeras es ;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré despues.

EL HIJO (*Leyendo.*)

« Cuna de rosas al nacer hallamos. »

EL PADRE.

¡ Mentira ! abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO.

« Rosas la vida al comenzar hallamos. »

EL PADRE.

¡ Falso ! los piés por entre abrojos van.
¡ Voy a morir ! Las bárbaras memorias
Que al fin amargan de mis horas ved :
Cúmulo abyecto de entrañables glorias,
Leed, por Dios, y escarmentad ; leed :

EL HIJO.

« Su vida el hombre de ilusiones puebla. »

EL PADRE.

¡ Ay ! necio error á la ilusion llamad.

EL HIJO.

« Huye la edad de la razon cual niebla. »

EL PADRE.

¡Horror! pasad, horas sin fin, pasad.
¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvideis esta cruel verdad!

EL HIJO.

«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE.

¡Mundo, os doy ledo mi postrer adios!

EL HIJO.

«Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE.

¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

QUIEN MAS PONE, PIERDE MAS

Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Este refran que te canto,
Tiene, amor mio, tal arte,
Que su verdad á probarte
Con una *conseja* voy.
Fué una niña de quince años
El duende de esta conseja,
Y aunque la niña ya es vieja,
Aun dice entre angustias hoy.

Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Tuvo la niña un amante
A quien, idólatra un dia,
«Te he de querer», le decia
Hasta despues de morir.
«Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte»
Tal dijo, sin advertir
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó el país de los justos,
Y al mundo el vuelo tendió;
Y cuando alegre á su amante
Con alas de ángel cubria,
«¿Ves cuál dejé?» le decia,
«El cielo por tí?» Mas ¡oh!
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Durmió el ángel á su lado;
Y de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante,
Y en ellas al cielo huyó.

Y al encontrarse la niña
Víctima de un falso trato,
Llorando vió que el ingrato,
Subiendo al cielo cantó :
Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA

Agur, Irene; hasta cuándo,
No te lo podré decir;
Por Dios que al verme llorando,
Ganas me dan de reir.
¡ Quién creyera,
Flor de mi natal ribera,
Que si lloro á los dos pasos,
Me reiré á los tres escasos !
Esto me recuerda, Irene,
Que algun dia
Leí contigo una *Higiene*
Que decia
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia,
Que cura males de amor.

Ya te escribiré, mi bien,
Cuantas penas me atormenten,
Aunque. *á ojos que no ven,*
Corazones que no sienten
¡ Qué infinito

Será tu amor... *por escrito !*
Mas dice Santo Tomás,
Que *ver y creer*, y no más.
Este refran no te corra,
Advirtiendo
Que *el tiempo todo lo borra.*
Y sabiendo
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

«¡ Qué yertas son las francesas ! »
Te diré todos los dias;
« ¡ Qué heladas ! » si son inglesas,
Y si italianas « ¡ qué frias ! »
Y entre tanto,
Mil y mil serán mi encanto.
¡ Ay, cubren tanta ficcion
Las alas del corazon !
Hermosa Irene, ten calma;
¿ Por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
Pues no ignoras
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
Adios, alma de los dos;
Ruega á Dios que no tropiece
Por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
Con la obstinacion de un moro,